

ARTÍCULO

EL PROCESO DE LUCHA DEL COLECTIVO LÉSBICO-GAY. ENTRE- VISTA CON ALEJANDRO BRITO

Adrián Estrada Corona

La historia del activismo lésbico-gay en México es relativamente reciente. Su origen se remonta apenas a los inicios de los setenta, época en la que se daban los movimientos libertarios de los colectivos de Europa y Estados Unidos, ya en una etapa más avanzada, que en mucho inspiraron el activismo de esta comunidad en nuestro país. Para conocer este proceso, la Revista Digital Universitaria entrevistó a Alejandro Brito, activista que durante veinticinco años ha sido actor incansable en la lucha por la reivindicación del movimiento lésbico-gay.

Los comienzos del activismo

Revista Digital Universitaria: De qué manera se manifestaba el activismo del colectivo lésbico gay a principios de los setenta?

Alejandro Brito: Bueno, en realidad su expresión era mínima. A principio de los setenta era casi inexistente. Se trató de un pequeño grupo congregado a raíz de que fue despedido un gay de la tienda Sears. Éste decidió levantar una demanda y a raíz de eso el grupo se congregó en 1971 alrededor de la escritora Nancy Cárdenas, para conformar el Frente de Liberación Homosexual (Gay Liberation Front), el mismo nombre que era utilizado entonces en Londres, Inglaterra, con mucha influencia entre los grupos de Europa, sobre todo en Londres. Este grupo no hizo trabajo público: se reunía para hacer círculos de estudio, analizar la situación y repartir uno que otro volante. Era un trabajo más hacia adentro que un trabajo público, aunque Nancy Cárdenas tenía, digamos, una proyección pública.

Nancy fue la primera lesbiana que habló en público sobre la problemática que viven las lesbianas y los homosexuales. Esto sucedió en el noticiario 24 Horas de Jacobo Zabloudosvki, en 1973. En 1975, en la Primera Conferencia Mundial sobre la Mujer, que se realizó en México, Nancy logró, al lado de un grupo de lesbianas, que se introdujera el tema lésbico, un tanto como una actividad paralela, pero lo importante es que logró que se le diera el espacio. Entonces, en realidad, a principios de los setenta se dieron sobre todo estas apariciones de Nancy Cárdenas y el esfuerzo de este grupo congregado en torno a ella, con pequeñas acciones que no tuvieron mucha trascendencia. Es más bien a finales de los setenta cuando irrumpieron en el escenario público las primeras organizaciones lésbico-gay, formadas en la ciudad de México. En 1978 se formaron tres organizaciones, que son LAMDA, FAR (Frente Homosexual de acción Revolucionaria) y un grupo de lesbianas.

La primera aparición se dio en el marco de las manifestaciones realizadas por el décimo aniversario del Movimiento Estudiantil del 68. Se formó un gran contingente encabezado también por Nancy Cárdenas en la marcha del 2 de octubre, que llegó a la Plaza de las Tres Culturas, donde fue muy bien recibida. Por primera vez se formó un contingente bastante numeroso de gays, homosexuales y travestis, que marcharon con la izquierda y los estudiantes. La recepción fue magnífica, buena. Cuando se anunció que el contingente iba a entrar a la Plaza de las Tres Culturas, hubo muchos aplausos y muchas bienvenidas. Ésta fue la primera irrupción pública. Un año después, en 1979, se realizó la primera marcha del movimiento lésbico-gay, en la que participaron alrededor de mil personas. Ésta culminó en la calle Villalongín, aledaña al Monumento a la Madre.

RDU: ¿En ese entonces de qué naturaleza eran las consignas?

AB: Estaban muy ideologizadas. Estaban muy ligadas con la izquierda revolucionaria, con el socialismo. Se coreaba "socialismo sin sexismo", apostando mucho al cambio revolucionario, aunque también había consignas como "alto a las redadas", porque había muchas redadas policíacas y, sobre todo, mucha extorsión de los policías hacia los homosexuales, a los hombres homosexuales, a quienes detenían en la calle por el hecho de "ligar". Entonces las consignas eran esas, las de un alto a las redadas y la extorsión, así como las muy ideologizadas, ligadas al socialismo.

RDU: ¿Cómo era el escenario social y el político al que se enfrentaba el activismo en ese entonces?

AB: El social era maravilloso porque se daba un ambiente libertario. Había la sensación de que estábamos propiciando un cambio, un cambio social que incluía la sexualidad. Cuestionábamos todo en la vida cotidiana, mucho gracias al movimiento feminista, cuando se estaban replanteando, incluso, las relaciones amorosas. Se hablaba entonces de la muerte de la familia y se cuestionaba el matrimonio, por ser una institución burguesa de control social, además de pugnar por el amor libre y los rompimientos de género. Surgió con intensidad la moda unisex, se practicaba mucho el sexo colectivo, como una manera de hacer una revolución sexual, y muchos chavitos y chavitas huyeron de sus casas antes de cumplir la mayoría de edad. Ante este escenario, los homosexuales y las lesbianas encontramos un ámbito para expresar nuestras preferencias y además ejercer nuestra sexualidad de manera más libre. Las generaciones anteriores de gays y lesbianas ejercieron una sexualidad muy acotada, clandestina, incluso, digamos, un poco muy encerrada en el gueto.

Por primera vez se dio un espacio de libertad para ejercer nuestra sexualidad, claro, muy acotado a sectores, sobre todo, ligados mucho al estudiantado de la educación superior y la media superior, en la clase media más o menos ilustrada, profesionista. Eso es lo que revelaba ese ámbito de liberación; sin embargo, creo que esto también repercutía en las clases más populares. En 1971 Avándaro fue, me parece, una demostración de que los jóvenes estaban ejerciendo una sexualidad mucho más libre. El ambiente social era muy bueno, porque teníamos la sensación de estar generando un cambio, una transformación en lo cotidiano, mientras que el entorno político era de mucho autoritarismo.

Aunque Echeverría habló, a principios de los setenta, de una apertura democrática, ésta se dio muy a cuenta gotas, reducida nada más al juego político de los partidos. No se abrieron las instituciones a la participación de la sociedad civil y se vivió mucho el autoritarismo y la represión política. Los activistas, sobre todo de izquierda, estaban ligados al movimiento obrero independiente, cuando éste fue brutalmente reprimido. Yo tuve un hermano que fue secuestrado durante una semana, porque anduvimos repartiendo volantes en apoyo a una huelga. El político era realmente un ambiente muy represivo. En eso radicaba el contraste.

El escenario internacional

RDU: En lo internacional, ¿cómo era el escenario y ustedes cómo lo percibían?

AB: Era muy importante. El movimiento feminista y el de liberación gay de Estados Unidos y Europa, fueron determinantes. Influyeron en México porque había activistas que viajaban, que tenían contactos con el exterior y traían esa experiencia, esos documentos, esas ideas que después se adoptaron acá.

Creo que esa influencia fue fundamental para la formación de los primeros grupos gays en México.

Etapas del activismo

RDU: Con base en esos antecedentes, ¿qué etapas pueden distinguirse en el tránsito del movimiento, desde sus inicios hasta la fecha?

AB: De 1978 a 1984, podemos decir, fue una primera etapa que se caracterizó por la primera salida masiva de gays y lesbianas del clóset. Fue la primera manifestación multitudinaria o primera organización de un colectivo, que entre 1980 y 1981 llegó a congregarse a más de cinco mil personas en la marcha de la liberación gay, en una visibilidad que reivindicó una identidad. Sin embargo, en estos años todavía se hablaba de homosexual, no de gay. Se hablaba del movimiento de liberación homosexual. El término gay aún no llegaba a nuestro país o no se adoptaba como ahora lo conocemos. Lo importante es que los propios homosexuales ya se referían a una identidad homosexual. Ya no era un término propio de la medicina, la “seudociencia” o la criminología. Esta identidad venía desde abajo, de los propios gays.

Esta etapa, que culminó en 1984, se caracterizó por la crisis de los movimientos de liberación gays, debido precisamente a la sobreideologización del movimiento, porque se consideraban más importantes los principios, es decir, que no se traicionaran precisamente los principios libertarios y revolucionarios, en lugar de darles mayor importancia a las demandas de la población gay. Se decía que esta labor era reformista, por exigir mayor tolerancia a las preferencias sexuales, en lugar de buscar un cambio revolucionario. Es ahí donde se produjo la crisis: se enfrentaron los propios grupos en la marcha de 1984, originándose un reflujo del movimiento, que se volvió más profundo por la presencia del SIDA.

La irrupción del SIDA, cuyos primeros casos se presentaron en México entre 1983 y 1984, vino a reforzar más la crisis de los grupos, pues encontró al movimiento gay desarticulado. Éste enfrentó esta crisis de salud, grave para los homosexuales, de una manera muy debilitada. En este contexto, a partir de 1984 se inició una segunda etapa, que yo extendería hasta finales de los noventa, que se caracterizó por la carencia, sobre todo, de una aglutinación. Se dio una atomización de los grupos y se separó el movimiento lésbico del gay.

Las mujeres iniciaron su propio movimiento, su propia organización y sus propios encuentros, mientras que los gays se avocaron a atender a la comunidad afectada por el SIDA y con esto se dio un reflujo de miembros. La movilización se dio entonces en torno al SIDA por parte de los gays, pero ya no en forma de reivindicaciones. Se presentó entonces una separación entre el movimiento gay y el movimiento de lucha contra el SIDA, lo que se manifestó en las marchas reducidas del orgullo gay de esos años. No había quien las organizara o se realizaron con muy poca convocatoria.

Fue hasta 1999 que llegó la primera marcha al Zócalo. Es cuando inició la que yo llamaría tercera etapa y con ello una segunda salida masiva del clóset. Es otra oleada, con unas generaciones mucho menos politizadas que las de la primera etapa, aquellas que estaban incluso muy ligadas a los partidos de izquierda. Esas marchas se vieron menos politizadas, pero han perdido su carácter demandante, reivindicatorio y político. Se han vuelto mucho más festivas, más carnavalescas, protagonizadas por nuevas generaciones más liberadas, por lo menos de la culpa y la vergüenza. Ya no tienen estos sentimientos y muestran una mayor capacidad de movilización, además de una mayor visibilidad. Sin embargo, el problema de esta tercera etapa radica en que la mayor

visibilidad no encuentra su contraparte, digamos, en una mayor organización. El movimiento lésbico-gay seguía siendo un movimiento débil, poco estructurado, con pocas organizaciones, aunque, repito, la visibilidad es mucho mayor.

Considero que esta tercera etapa, iniciada en 1999, sigue hasta nuestros días. A pesar de las conquistas, siento que todavía el movimiento lésbico-gay es muy débil, porque no ha logrado conformarse como un interlocutor fuerte, organizado, válido para las demás instituciones del Estado, ante los partidos políticos, ante las instituciones de derechos humanos, ante la sociedad misma, como sucede en Argentina, Brasil o España, donde están organizados, incluso, hasta a nivel nacional. Tienen federaciones y asociaciones.

En México no se ha podido hacer eso y, en realidad, las conquistas que se han dado, como la del matrimonio entre personas del mismo sexo, han dependido mucho de la voluntad de los gobiernos. Yo creo que no se compara esa gran visibilidad de la comunidad lésbico-gay y transgénero en México, con la capacidad de organización que tiene la comunidad de estos países y lo vemos en las marchas. Éstas no están organizadas, se convocan casi solas y casi nadie conoce quién las organiza cada año. Se aplicó una encuesta durante la marcha de 2008, en la que se preguntó: ¿Conoces quién organiza la marcha? Solamente un diez por ciento respondió que sí, pero no todos supieron decir el nombre del organizador, el nombre exacto. Entonces hay un desfase entre la gran visibilidad y la capacidad organizativa.

RDU: ¿A qué puede atribuirse esa falta de coordinación?

AB: Son varios factores. Yo creo que en parte no le podemos pedir a la sociedad civil organizada lésbico-gay que dé más de lo que puede dar, esto en el plano de lo que pueden dar otros movimientos. Me parece que lo que sucede en el movimiento lésbico-gay pasa en otros movimientos sociales. El de las mujeres, por ejemplo, también está muy atomizado, tampoco hay una estructura nacional o una aglutinación en torno a un propósito, en torno por lo menos a las demandas. El movimiento lésbico-gay no tiene una agenda que pueda ser seguida por todas las organizaciones. Es un movimiento muy de respuesta, muy reactivo. No es un movimiento estratégico que se proponga algo a largo plazo, sino que va reaccionando conforme se presentan las coyunturas. No es un movimiento articulado. No hay articulación entre el movimiento del Distrito Federal con el de Jalisco o con el de Monterrey.

Las sociedades de convivencia son una excepción, porque en torno a ellas sí se dio un movimiento. Fue una demanda que incluyó movilización, planeación, desarrollo de estrategia y política de alianza. En esto radica la excepción. Fuera de esto, las demandas se han logrado de otra forma: negociando un grupo de activistas con tal o cual político, con tal o cual diputado, o bien, yendo a ver a Marcelo Ebrard para que se comprometiera a tal reforma, pero sin la presencia de una movilización. En el caso del matrimonio entre personas del mismo sexo no hubo movilización, ni apoyo, ni siquiera en contra, como sucedió con las sociedades de convivencia. Entonces, hay una dosis de sectarismo, una desconfianza entre unos y otros.

Creo que la responsabilidad la tienen los partidos, porque abrieron esos espacios de representación, me refiero a los partidos de izquierda, para que lesbianas o gays pudieran ser elegidos como diputados o asumir algún cargo en sus directivas. Eso creó al interior de los grupos un juego muy perverso, de ambición personal, que dejó de lado la tarea de velar por los intereses del movimiento. El propósito fue más bien llegar a una cota de poder y, como no hay una organización que aglutine el movimiento lésbico-gay, que imponga sus reglas del

juego, entonces los partidos hacen y deshacen, siendo esto motivo de división al interior y de desconfianza al exterior del movimiento.

RDU: A pesar de eso, ¿se puede considerar que esta desorganización o falta de coordinación, es parte de un proceso que puede llevar en un futuro a una mayor y mejor organización?

AB: Yo quisiera pensarlo pero ya no estoy seguro. Yo llegué a plantear hace años la necesidad de conformar una federación, como la que existe en Argentina o una asociación, como la de Brasil o la federación que tienen en España. Lo que han logrado en Argentina sobre el matrimonio entre personas del mismo sexo, es producto de un movimiento encabezado por la federación. En Brasil también han logrado cosas maravillosas con su aglutinación. Lula, incluso, inauguró el primer encuentro nacional. En España lograron ser interlocutores con Zapatero, al negociar al tú por tú el matrimonio entre personas del mismo sexo. Entonces en México hace falta ese instrumento, esa herramienta, pero ante la situación actual hay una desconfianza brutal, un sectarismo y personas que piensan que otras han traicionado la causa. Yo lo veo muy difícil, pero, claro, no tendrían porque estar todos. Tampoco en España, Brasil y Argentina están todos. Siempre habrá alguien que se reserve y sea crítico, y que diga que está mucho más a la izquierda, pero yo no veo condiciones. Lo vi cuando se lograron las sociedades de convivencia. Esta vez es diferente. Yo a lo mejor le apostaría, y estoy hablando más de la situación del Distrito Federal, a que la iniciativa surja en otro estado.

La aceptación de la sociedad

RDU: Desde principios de los setenta a la fecha, ¿cómo ha evolucionado la aceptación de la sociedad y los índices de violencia hacia la población no heterosexual?

AB: Bueno, aquí tendríamos que ubicarnos geográficamente, porque desde luego en el Distrito Federal el cambio es mucho más evidente. Se ha avanzado mucho más. Es una sociedad más abierta, más cosmopolita, que ha asimilado la modernidad gracias a que somos una gran urbe, en comparación con los estados. Me parece que es un fenómeno urbano totalmente. En el campo es otra cosa totalmente. Entonces, si hablamos de un fenómeno urbano de las grandes urbes, pues éstas permiten el anonimato. Creo que se ha avanzado mucho en cuanto a apertura. No nos gusta esta palabra, pero creo que hay mayor tolerancia. Todavía no accedemos al respeto, pero hay una mayor tolerancia.

Las leyes no cambian las mentalidades, pero muchas veces son el reconocimiento de una nueva realidad, porque a veces las leyes van atrás de los cambios sociales. Creo que si en este momento, por ejemplo, la gran mayoría de la población, a nivel nacional, incluyendo a los jóvenes, se opone al matrimonio entre personas del mismo sexo y sobre todo a la adopción, a nivel del Distrito Federal estamos al 50 por ciento, casi al parejo, 50 de rechazo y 50 de aprobación, según la encuestas. Dentro de unos años vamos a ver que esos porcentajes se van a modificar favorablemente, por el reconocimiento de los derechos de lesbianas y gays. Un indicador del avance civilizatorio, lo decía mucho Carlos Monsiváis, es que la población se apropie del término homofobia y empiece a identificar el término como el de una conducta reprobable y se extienda el uso de esa palabra. Eso es lo que está pasando.

Si antes la gente no sabía qué significaba homofobia, hoy me parece que hay un gran sector de la población que puede decir que sí. Así como dicen muchos hombres: “no, yo no soy macho, yo no soy macho”, es porque reconocen que el machismo es un término peyorativo, aunque de todos modos lo sean, aunque de todos modos le peguen a su mujer, pero ya se deslindan.

7-xx

También se empieza a decir: “yo no soy homofóbico”. Los que primero se deslindan son los políticos. En las pasadas elecciones, tanto Felipe Calderón como López Obrador dijeron: “no soy homofóbico”. También el anterior presidente, Vicente Fox, decía: “yo no soy homofóbico”, aunque en lo personal deteste la conducta homosexual. Entonces, ya se empieza a identificar. A través de ese deslinde la gente heterosexual empieza a identificar que eso no está bien, que no está bien visto rechazar a los homosexuales. Incluso casi todos dicen: “es que yo tengo amigos homosexuales y no hay problema conmigo”. Los más tolerantes dicen, entre comillas: “mientras no se metan conmigo”, pero ya empiezan a deslindarse de su actitud violenta o de rechazo a la homosexualidad.

La sensibilidad de las autoridades

RDU: La sensibilidad actual que muestra el gobierno del Distrito Federal, qué dimensión le da a la lucha?

AB: Yo creo que es un aliado superimportante, pero se tardó mucho tiempo la izquierda mexicana en incorporar las demandas del colectivo lésbico-gay en su programa y llevarlo a la práctica, porque una cosa es decir que en su programa va a luchar por la liberación y la no discriminación de todos, por cualquier motivo, y otra cosa es realmente tomar acciones. Es una izquierda muy volcada a lo electoral y las reivindicaciones gay las perciben como poco populares. Les interesa saber qué ganancia política y electoral les puede dar. Entonces prefieren no apoyar y no involucrarse. Esa fue la actitud de López Obrador. Por eso, en mucho tiempo, no se aprobaron las sociedades de convivencia. Eso es lo que se le debe reconocer a Marcelo Ebrard. Aunque dicen que esto lo coloca como un político de izquierda moderna, a diferencia de López Obrador, de todos modos creo que el cambio es importante. Considero que sí hay sinceridad, en el sentido de que sí les interesa apoyar, no utilizar estas reivindicaciones, para realmente creer que una izquierda tiene que llegar hasta allá.

Los matrimonios, el arribo a la igualdad

RDU: El reconocimiento de los matrimonios entre personas del mismo sexo, ¿qué significa para el colectivo?

AB: Yo creo que es una conquista muy importante, porque significa arribar a la igualdad, a la igualdad de trato ante la ley, que creo es una de las consignas y los “sentires” más importantes. Es la reivindicación más sentida del movimiento lésbico-gay. Es ir más allá de la no discriminación, al trato igualitario, es decir, acabar con las jerarquías de que lo heterosexual es superior a lo homosexual, en que las formas de vida de pareja, de las familias heterosexuales, son superiores a las formas de vida de pareja y de familia gays y lésbicas. Es romper esa jerarquía, motivo de rechazos y discriminaciones. Más allá de lo que signifique el matrimonio como institución, yo ubicaría la importancia en la igualdad, más allá de que se piense que el matrimonio es una institución de control del Estado, de la vida privada de las personas, o una institución burguesa. Más allá de eso, significa un reconocimiento a la igualdad entre la transexualidad y la homosexualidad.

La lucha en el futuro se centrará en lograr que las conquistas obtenidas en el Distrito Federal se extiendan a otros estados, pero no creo que esto sea mecánico. En algunos estados hay organizaciones en las que se piensa que si en el Distrito Federal se logró, automáticamente se puede replicar en Yucatán, Puebla, Morelos, Jalisco o Guanajuato. Entonces elaborar iniciativas

de ley para reconocer el matrimonio entre parejas del mismo sexo y convencer a un diputado del PRD o del PT, en congresos en los que no tienen ninguna posibilidad de aprobarse, puede incluso resultar contraproducente. Se tendría entonces que hacer un “mapeo” de la situación, a través del cual se pueda saber hasta dónde es posible avanzar en un estado o en otro y qué fórmula conviene más. La estrategia en el Distrito Federal fue paso por paso: primero las sociedades de convivencia y luego el matrimonio entre personas del mismo sexo.

Pensar si esto es válido para los demás estados, es creer si lo conveniente es lanzarse por el matrimonio entre personas del mismo sexo, porque ahora la derecha está reivindicando las sociedades de convivencia, cuando antes se opuso tajantemente. Ahora dice: sí, mejor sociedades de convivencia que matrimonios entre personas del mismo sexo. En este caso no sé si se le deba tomar la palabra o no a la derecha en algunos estados, porque además esto podría ser un candado para el matrimonio. Entonces se tendría que hacer un análisis de cada estado para extender esas conquistas. No lo veo fácil. La verdad no es fácil, pero se tiene que hacer.

Un aspecto fundamental que ahora nos debe ocupar, es incidir en la educación, porque ahora nuestra lucha se ha centrado mucho, aparte del cambio de leyes y la legislación en los congresos, en el sector salud. En salud se ha logrado mucho gracias al SIDA. Suena un poco contradictorio, pero gracias a la lucha contra el SIDA, en el sector salud se ha establecido que el combate a la homofobia es una prioridad para detener la epidemia. Para esto nos falta educación, nos falta incluir el tema de la educación en esta lucha, que va a ser más difícil pero necesaria. Creo que va por ahí la lucha contra la violencia, la homofobia y la violencia hacia los niños y las niñas, que no son percibidos como hombrecitos o mujercitas. Se debe empezar por incluir el término homofobia en los libros de texto, en los programas, para después hablar de orientación sexual y de que la homosexualidad es una orientación sexual tan válida y legítima como la heterosexual.

En el Distrito Federal debe proseguir una mayor atención a las demandas de las personas transgénero. Creo que la ley en el Distrito Federal no es suficiente para reconocer todos sus derechos y para combatir los crímenes de odio por homofobia. Los cambios legislativos todavía no obedecen realmente a estas necesidades. Se debe realizar un trabajo de colaboración más exhaustivo con algunas instituciones, además de promover una apertura para la toma de decisiones en ciertos ámbitos de aplicación de la justicia.

Por otra parte, se debe echar a andar realmente el Consejo para prevenir y erradicar la discriminación en el Distrito Federal, que realmente es una instancia que está de adorno, que carece de estructura y de una sede. No obstante, creo que el camino está trazado en el Distrito Federal. Hay muchos grupos que están capacitando a funcionarios de la Procuraduría General de Justicia, la Secretaría de Seguridad Pública y otras instituciones, en la tarea por la no discriminación. En seguridad social está la Clínica Condesa, para personas transgénero, que atiende sobre todo a hombres gays y a otros hombres que tienen sexo con hombres, pero que no se identifican como gays. Creo que hay la disponibilidad y que el camino está trazado. Nada más necesitamos apuntalar el rumbo de las políticas públicas en el Distrito Federal.

Las conquistas y el devenir de la lucha

RDU: ¿Qué más hay por hacer de parte de las autoridades?

AB: Pensar en que las autoridades tienen algo por hacer, sería pensar de una manera un tanto paternalista. Creo que las conquistas, las demandas sociales, que obedecen a movimientos sociales, tienen una mayor fortaleza, un mayor respaldo, y pueden ir más allá. Creo que hay que apuntar hacia eso: a que los logros sean producto de la movilización, los procesos sociales organizativos, las demandas compartidas y sentidas por un colectivo, la identificación real de los problemas y la visibilidad real de los mismos.

Por otro lado, se nos está olvidando la población carcelaria del colectivo lésbico-gay. En las cárceles del país hay gays y lesbianas presos, no porque tengan sentencias injustas, sino porque realmente los factores sociales han hecho que terminen en las cárceles. Son poblaciones muy marginales, muchas de ellas en situación de calle, que terminan allí para vivir en condiciones muy terribles. Es una población olvidada que también tendríamos que atender, ver e incorporar en nuestra agenda, al igual que las personas en situación de calle, como se ha hecho, por cierto muy bien, con las personas que viven con VIH.

RDU: ¿Hay algo que quieras agregar que no te haya preguntado?

AB: Lo que también se avecina es la lucha por defender, en las propias instituciones, el derecho conquistado o reconocido en las leyes. Si en la Suprema Corte de Justicia de la Nación se dijo que son constitucionales las adopciones entre matrimonios del mismo sexo, falta que el juez que determine que va a dar en adopción a un niño o una niña, lo haga sin discriminación. Falta obtener eso, falta llegar a eso.

Entonces lo que se avecina es este tipo de luchas en los tribunales. Ya se empezaron a dar y el IMSS no debe tomar como pretexto el que no se ha cambiado la ley, para no asegurar a las parejas del mismo sexo de sus derechohabientes. Con la determinación de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, el IMSS ya podría empezar a asegurarlas. No se debe esperar a que se cambie la ley. Para mí esto es un pretexto de Karam. También falta que los matrimonios que se celebren en el Distrito Federal, sean reconocidos en los lugares de origen de las parejas. Creo que el camino a seguir es esta lucha jurídica, en la que se necesita, precisamente, mucho apoyo jurídico, porque en nuestro país tenemos muy poca cultura en esta materia. Apenas la estamos obteniendo. El movimiento tiene que dotar de apoyo jurídico de acompañamiento, a todas estas luchas en contra de la discriminación institucional.